

NOVELA
CINE

Nº 3.



*La clave 20^{da}
de la dicha*

BLANCHE SWET

Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
AL PAPER
Gravat Antic
Lliris i Revistes
Jagüines i Medalles
Objectes Variats
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MON
CROMOS DE LA XOLATA
MISTOS I TABAC
c/ Ferrón, 31 - Guisot (A)
Tel. 302 38 68
BARCELONA-2

LA CLAVE DE LA DICHA

Superproducción Fox

Versión novelesca de la película del
mismo título, interpretada por los grandes
luminares de la pantalla

BLANCHE SWEET
Y
WARNER BAXTER



Exclusiva para España
HISPANO FOX FILM
Valencia, 280. — Barcelona.

Personajes en el film:

Dolly Wall, *Blanche Sweet*; Roger Wingate, *Warner Baxter*; La señora Cadigan, *Ida Darling*; Su nieta Amy, *Mary Mc Allister*; El abogado Grimes, *Claude King*; El viejo Norton, *Alfred Allen*; El Administrador, *Clara Comstock*.

AÑO I

BERLÍN - BARCELONA - LOS ANGELES

NÚM. 3

NOVELA CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BOU DE SAN PEDRO, NÚM. 9 - BARCELONA

Sale los jueves

I

Ante nuestros ojos, ávidos de emociones y sorpresas, aparece en el gran Suroeste, la ciudad de Rag, corazón del territorio indio, en la época en que se celebra la venta anual de concesiones petrolíferas.

Aquello era un hervidero, una verdadera colmena humana. Gentes de todas las razas ambulaban por las calles. Pero predominaban los rostros cobrizos y los pómulos salientes de los indios, verdaderos dueños, merced a sucesivos hallazgos de pozos petrolíferos, de casi toda la comarca.

Teniendo por fondo en la lejanía las altas torres de hierro que coronan siempre los pozos de petróleo, vemos la calle principal de la ciudad de Rag, por la que, apresuradamente, van y vienen, atareados, transeúntes y conocemos—al volante de un Ford—, al joven Roger Wingate, prototipo del simpático holgazán al que una mujer siempre trata de regenerar.

Roger Wingate era un jugador empedernido al que el vicio del juego, arruinándole, le había llevado a ser "croupière" del Social Club, donde se pasaba la vida, noche tras noche, tirando las cartas en diferentes juegos de azar y la bola en la ruleta. Por las mañanas solía salir en el viejo Ford a dar un paseo, bien solo o bien con las muchachas que bailaban en el "dancing" para animar a los bebedores, a sueldo del Social Club.

Aquella mañana, como otras muchas, Roger Wingate acudió al llamamiento de algunas de ellas y cuando las muchachas con gran algazara subían al coche, un poderoso "Packard" que pasó casi rozando al Ford, llenó de barro a las chicas y, sobre todo, a Wingate, al que puso la cara y la camisa que no se sabía de qué color eran. Y como al joven le ardía la sangre en las venas, ni corto ni perezoso se lanzó en persecución del coche agresor.

Guiaba el "Packard" uno de los indios más ricos de la ciudad de Rag y ocupaban el auto su mujer y sus hijos. El indio, poseído de su importancia, ni se había dignado siquiera mirar a Wingate. En realidad, no miraba a nadie, ni aún a los que le increpaban por haberles derribado con el guardabarros las mercancías. El indio seguía imperturbable su camino hasta que, horrorizado, vio que otro coche que venía detrás se emparejó con el suyo y se le echó encima, yendo los dos a parar con gran estrépito de cristales rotos a la planta baja del Social Club.

No podía negarse que Roger Wingate había dado una buena réplica al indio. El automóvil de éste sufrió algunos desperfectos y los ocupantes se llevaron un susto mayúsculo.

Pero aquel estrafalario hombre de color que lucía un flamante sombrero hongo y un par de trenzas de

pelo negrísimo, recobró inmediatamente su calma habitual y, bajando del coche, fué al encuentro de Wingate...

II

Como es natural en casos semejantes, el grupo de curiosos que al principio se arremolinó en el lugar de la ocurrencia fué engrosando por momentos hasta llenar la calle. El balcón principal del Social Club se colmó también de gente como por encanto, y entre las personas que en él estaban figuraban Dolly Wall, alma del Social Club, y amante de Roger, y los empleados de la casa, capitaneados por el más antiguo, el viejo Norton. Este, tan pronto como vio el mal cariz que tomaban los acontecimientos, bajó en seguida a la calle y, abrazando a Roger, le dijo:

—¡No puedes burlarte de los indios, Wingate! ¡Son los amos del país!

—No pretendo burlarme, Norton—replicó el joven enojadísimo—. Lo que quiero es que no se burle nadie de mí.

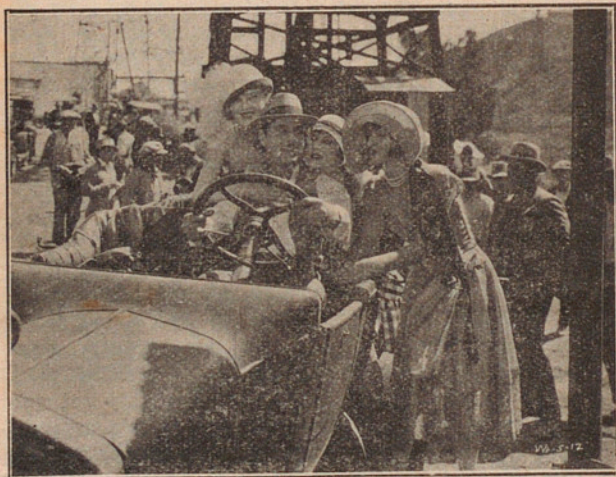
Y, separándose bruscamente de él, fué al encuentro del indio, quien, a su vez, avanzaba hacia Wingate como un autómeta.

Norton corrió detrás y le contuvo para decirle:

—¡Ese indio es un rey petrolero! ¡Si no le das una

satisfacción os echará de la ciudad a ti y a los tuyos!

Mas helos aquí frente a frente y al indio perorando en demanda de una indemnización inmediata por los desperfectos sufridos.



Y cuando las muchachas con gran algazara subían al coche...

Roger Wingate, se echó a reír.

—Escuche, Trencitas—le dijo cogiéndole por las trenzas de pelo—. Usted ha “tomao” el número “cambio...” Yo lo que le voy a dar es un tortazo.

Pero Wingate, como desconocedor del país, no había contado con la protección, o, mejor dicho, con los protectores del indio, también de color, los cua-

les rodearon al ricacho petrolero y sacaron sus armas dispuestos a defenderle a sangre y fuego contra quien quiera que fuese.

III

Pero dejémosles en esta tesitura para oír lo que decían en el balcón del Social Club, Dolly y su administrador Paterson.

La muchacha, altamente disgustada, comentó, señalando a la calle, donde el conflicto llega a su período álgido:

—Siempre que tenemos ocasión de “limpiar” los bolsillos a la gente en un sitio nuevo, Roger hace de las suyas.

—Verdad es—arguyó el administrador—. Hay tanta seguridad viajando con él, como en una granada de mano próxima a estallar.

Desde que vio lo que sucedía, Dolly Wall, que amaba a Roger como a nada en el mundo, estuvo conteniendo los impulsos de bajar a su lado. Al fin bajó, mas antes de poder acercarse, abriéndose paso entre la multitud, encontró sentado en la acera y solo, a un niño llorando. Dolly, aunque mujer mala, según la clasificación de la sociedad, tenía buen corazón: cogió al niño, le mecía en sus brazos, le besó tiernamente y le compró un hermoso “chupito” de caramelo. Ya

el chico había dejado de llorar y se encontraba a gusto con Dolly, cuando la llegada de su madre puso fin a aquel fugaz instante de dicha. Lo primero que hizo la buena señora—que por cierto tenía todas las trazas de un marimacho—, fué quitar el “chupito” al chiquillo, haciéndole llorar.

—¡Déjeselo usted!—imploró Dolly, e hizo ademán de acercarse.

—Preferiría que tocara a una víbora—saltó la madre, al mismo tiempo que parecía proteger al chico con los brazos—, antes que a una mujer como usted.

Y se alejó de allí lo más rápidamente que pudo, dejando a Dolly sumida en gran confusión y vergüenza. Tan rudo fué el golpe para la pobre muchacha, que no atreviéndose a acercarse en público a Roger, volvió a subir al Social Club reclusándose en sus habitaciones.

IV

Mientras tanto, el indio había impuesto, como condición para terminar aquel enojoso asunto, la entrega inmediata por parte de Roger de doscientos dólares, y como el joven no tuvo más remedio que aceptar lo solicitado por el magnate petrolífero y no tenía

encima tantos dólares, fué corriendo a pedirselos a Dolly, pero con engaño:

—Dolly—la dijo, entrando en su habitación como una tromba—, tengo la oportunidad de comprar una concesión petrolífera. ¿Quieres prestarme doscientos dólares?

La joven se resistió al principio a entregarle la cantidad solicitada con tanta urgencia, pero luego se los dió y recibió en cambio de Roger un largo beso de agradecimiento.

Entonces notó Dolly que Roger tenía toda la camisa mojada y llena de barro, y recordando el incidente con el indio, preguntó sonriente, señalándole con el dedo a la pechera:

—¿Es ésta la muestra de tu pozo petrolífero?

Roger no contestó. Con el dinero en la mano salió corriendo para entregárselo al indio, y cuando volvió al lado de Dolly, ésta, que le había seguido, sabía ya el porqué de todo.

—Debías haberme sido franco, Roger, una vez en tu vida—le increpó Dolly—. No tenías para qué mentirme.

—Perdóname, Dolly—replicó el mozo sinceramente arrepentido—. No me atreví a decírtelo, porque siempre me estoy metiendo en líos.

Poco a poco iba llegando la gente al Social Club y comenzaron a animarse el “dancing” y las salas de juego.

Sentados frente a frente llegaban hasta ellos los mil ruidos del despertar de la maravillosa máquina de pulverizar jornales y fortunas.

Dolly, como hablando consigo misma, le dijo, apoyando su mano suave en el musculoso antebrazo de él:

—Si me quisieras de verdad me sacarías de todo esto, pero no te importo... Mira qué diferencia...

Y le alargó una carta con un retrato adjunto de una amiga suya...

Roger leyó:

"Tenías razón, Dolly, al aconsejarme que me casara. Gracias a Dios me he casado con José tan pronto como he podido. Es una gran cosa ser señora y tener un hogar; y, para la primavera, esperamos el primogénito que venga a colmar nuestra dicha."

Roger se quedó pensativo, mirando el retrato en el que estaba la amiga de Dolly con su marido, un buen mozo que parecía más sano que una manzana.

—Figúrate, tener un hogar como éste... y de uno mismo...—comentó Dolly, mirándole amorosamente a los ojos.

Pero Roger, para esquivar el sortilegio, exclamó en broma:

—¡Sí...! ¡Debe ser muy hermoso servir de camarera a un montón de gallinas!

A la sazón llamaron a Roger, porque era ya hora de que comenzase a funcionar la ruleta y quedó cortada su conversación.

V

Poco tiempo después de haber salido Roger de la habitación de Dolly visitó a ésta el "sheriff" de la

ciudad, quien, habiendo tenido noticias de un gran escándalo motivado por Roger, venía a participarla su propósito de encerrarlo una quincena por alborotador.



Dolly Wall, que amaba a Roger, estuvo conteniendo los impulsos de bajar a su lado

—Lo merece—aprobó Dolly—; pero no lo arreste ahora, por amor de Dios... Yo le sacaré del pueblo esta noche; ¡se lo juro!

A tal punto entró en la habitación el administrador de Dolly y dijo la joven: quedaron cuchicheando todavía un rato. En la habitación contigua se oían las conversaciones de los que

"tiraban de la oreja a Jorge" y el monótono "No va más" de lo croupieres.

—Me alegro que esté usted aquí ahora, porque pienso dar una sacudida a Roger, que los sesos le van a quedar batidos.

Y añadió, dirigiéndose al administrador:

—¡Usted me va a ayudar! ¡Estoy dispuesta a hacer de Roger un hombre aunque pierda hasta los zapatos que llevo puestos!

Se marchó el "sheriff" y el administrador y Dolly

VI

Cualquier cosa habría esperado Roger Wingate, menos el despido brusco y brutal, y, sin embargo, era así. El viejo Norton lo acababa de decir y no había lugar a duda:

—¡Estás despachado, Roger! Yo me encargaré de la ruleta.

El viejo Norton, que había recibido instrucciones de Dolly, se puso la visera verde para proteger los ojos de la luz artificial y Roger salió disparado de la habitación para ver a Dolly Wall.

A decir verdad, ella le esperaba. Por eso cuando Roger, echando fuego por los ojos, entró diciendo:

—¿Me has traicionado tú? ¿Me has dejado sin trabajo?

Dolly, sin vacilar, replicó:



Ya el chico había dejado de llorar y se encontraba a gusto con Dolly...

—Sí... porque quiero saber de qué estás hecho; si tienes entrañas o eres de aserrín...

Se enfureció el joven; pero ella, tal vez sacando fuerzas de flaqueza, permaneció imperturbable:

—Escucha, Roger — le dijo afectuosa —, piensa en que no sirves de nada ni para ti mismo ni para nadie tal como eres...

Pero Roger no atendía a razones... Estaba exasperado y quién sabe lo que hubiera ocurrido de no ha-

ber entrado el administrador de Dolly en aquel momento en la habitación.

El administrador fué derecho a Roger y le dijo:

—Me alegro encontrarte, Roger... Precisamente te andaba buscando...

Y, sin hacer caso de la sorpresa del joven, continuó:

—¿Te gustaría trabajar en California? Por fin he hallado una persona con dinero que responde de mi pozo de petróleo.

Dolly, aparentando sorpresa, se acercó mucho a Roger y con palabras certeras que deslizó en su oído procuró interesarla.

El administrador, como si no notara nada y fingiendo un gran entusiasmo, siguió diciendo:

—¡Te daré una cuarta parte de interés! ¡Yo creo que puedes sacar petróleo del pozo si trabajas de firme y te dejas de vagabundear!

VII

Casi dos meses lleva Roger en California trabajando como un negro, a fin de obtener el alumbramiento del pozo de petróleo del administrador de Dolly, en el cual tiene una cuarta parte de interés. Bajo su di-

rección, y con su esfuerzo personal, se ha erigido la torre de hierro, se ha preparado todo. Por fin, una mañana, el esperado acontecimiento se produjo; en la cúspide de la torre de hierro brotó a raudales el petróleo anegándolo todo...

Imposible describir la alegría de aquellos hombres. A la vista del codiciado petróleo es tal su entusiasmo que se empapan la cara y las ropas en el preciado producto, como si quisieran darle carta de naturaleza hasta en su persona.

La primera idea de Roger al ver manar a borbotones el precioso líquido es poner un telegrama a Dolly. En efecto, se persona en la estafeta de telégrafos; mas, cuando relee el parte para ya entregárselo al empleado que está en la ventanilla, ve venir en un auto por la carretera a Dolly, llevando como chófer a su administrador.

—Eres muy veloz, hija—exclamó Roger abrazando a Dolly—. ¿Cómo sabías que descubriríamos petróleo hoy?

Y entonces se descubrió todo.

Dijo el administrador:

—Dolly es el otro socio... la que nos apoya... Ella preparó todo el plan y puso de garantía sus ahorros para darte una oportunidad...

Pensativo y ruboroso replicó débilmente Roger:

—¡Y yo que lo creía todo mi propia obra!

—¿Y qué importa, Roger,—objetó Dolly con toda la cara llena de los tiznones que la hizo Roger al besarla—. ¿No sé yo acaso lo que has trabajado? ¿Y no estoy orgullosa?

VIII

Algún tiempo después toda la preocupación de Roger y de Dolly es convertirse en un par de elegantes. Poseen una fortuna inmensa y quieren lucirla. Les encontramos en un "ferry-boat" que ha de dejarlos en Nueva York y a la vista de los rascacielos; dice Roger, ambicioso y pueril:

—¡Ahí tienes la gran ciudad, Dolly...! ¡Yo haré que se rinda a mis pies!

Más práctica, más a ras de tierra, Dolly replica con gran sentido de la realidad:

—Por unos días todo lo que quieras; pero, no nos estemos mucho... Recuerda la casita en el campo... las gallinas y todo lo demás...

En el mismo "ferry-boat" iba un automóvil ocupado por algunas lindas muchachas de la buena sociedad neoyorquina y cuando las miró Roger volvieron la cabeza como en señal de disgusto. Tan profundamente molestó tal gesto a nuestro héroe que se prometió firmemente no cejar hasta que aquellas gentes se atropellaron por conocerle.

Bajo estas impresiones llegaron a Nueva York. Dolly, pensando en estar el menor tiempo posible y marcharse en seguida al campo, a un pueblecito donde tendría casa propia, gallinas, hijos... Roger, por el contrario, deseoso de dominar la ciudad, de hacer brillar su oro y de hacer que todo el mundo se inclinase a sus pies...

IX

Semanas de diversión "dándoselas de elegantes..."

Les vemos en uno de los mejores hoteles de Nueva York, preocupados nada más que del bien parecer y de asistir a fiestas, teatros y reuniones.

Sirviéndose de la prensa, Roger hizo saber que se encontraba en Nueva York el nuevo magnate petrolero Wingate, y al cabo de muy pocos días, al salir del teatro de la Opera, pudieron oír el comentario siguiente:

—Ese es Roger Wingate, el nuevo millonario que se ha enriquecido con el petróleo; "ella" es la célebre señora Wall.

Aunque lo último le molestó un poco, la verdad es que el sentirse admirado en la gran ciudad como un nuevo millonario le halagó profundamente a Roger, tanto por lo menos como molestó a Dolly el sentirse menospreciada públicamente.

X

Días después vemos a Roger en un Banco donde su firma vale millones, pues en muy poco tiempo se había convertido en algo más que un mero nombre en el mundo financiero.

Allí cuenta con la amistad del director y del abogado consejero y muchas mañanas suele ir a charlar con ellos un rato.

Aquella mañana habla con el abogado consejero y le dice:

—Hoy celebro mis primeros dos meses en la gran ciudad y la verdad, he sido un éxito en los negocios, pero también un verdadero fracaso social.

Trató el abogado de consolarle con palabras banales; pero Roger, que conocía bien la vida, no hizo el menor caso y siguió diciendo:

—Me hallo en la cumbre financieramente y ahora estoy decidido a triunfar en el mundo social cueste lo que cueste. ¡Usted y el director del Banco, que son mis amigos, tienen que ayudarme!

Apenas dijo estas palabras Roger cuando un empleado le avisó que la señora Wall le llamaba al teléfono.

Y así era la verdad, pues tan pronto como Roger se puso al aparato oyó la voz de Dolly que le decía:

—No olvides el almuerzo. Hoy es especial, ya lo sabes. Yo misma lo he cocinado todo.

Roger prometió ir a tiempo y Dolly quedó tranquila, sabiendo que la comida colmaría los deseos



—¡Estás desahogado, Roger! Yo me encargaré de la ruleta

gastronómicos de Roger. Este, terminada la conversación, colgó el auricular y se acercó al abogado y le dijo:

—¿Qué me responde usted a lo que le preguntaba?

—Ahí tiene usted la respuesta, Roger—replicó el abogado consejero—, ¡la señora Wall! La sociedad no

le aceptará hasta que usted sea más recatado con ella.

Siguieron hablando de cosas indiferentes y ya se iba a despedir Roger cuando llegaron al Banco la señora Cardigan y su nieta Amy, una bellísima rubia de veinte abriles de lo más bonito y selecto de la juventud femenina de Nueva York.

Apenas las vio preguntó quiénes eran a Grimes y el abogado le dijo:

—Es la señora Cardigan y su nieta Amy... Hace muchos años que soy su abogado y la conozco bien. La señora Cardigan puede hacer o deshacer a quien quiera en la lucha social.

—¡Pues quiero conocerlas ahora mismo, Grimes! ¡Presénteme a ellas!

Así fué, tal y como quiso Roger... Grimes le presentó y como la señora Cardigan y su nieta habían ido al Banco para invitar a sus amistades a un almuerzo de caridad, Roger se vió comprometido a asistir a aquel almuerzo inesperado y a dejar el que le tenía preparado Dolly con tanta ilusión y cariño.

Aquel almuerzo de caridad hizo época en los anales de la buena sociedad de Nueva York. Allí estaban representados los mejores en todos los ramos de la actividad humana y como el fin principal era hacer un donativo para los necesitados, todos dieron generosamente lo que pudieron. En el local donde se celebraba el banquete había una gran rueda con cifras para marcar las cantidades, según las jóvenes iban recibiendo de los hombres los donativos.

El que más se distinguió de todos los donantes fué Roger, quien, medio enamorado ya de Amy, la entregó un cheque de diez mil dólares, que ella marcó con gran alegría en la gran rueda, por ser el mayor de

los donativos registrados en aquella fiesta de caridad.

Algunos hubo que no estaban muy satisfechos con que Roger Wingate frecuentase su sociedad; pero tuvieron que callarse cuando les objetaron que era hombre de mucho dinero y, por lo tanto, conveniente para la vida de relación.

A la señora Cardigan le agradó muchísimo desde el primer momento el generoso recién llegado y la sociedad en general no tardó en seguir su ejemplo. Amy también estaba encantada con Roger y no sabía dónde ponerle.

Cuando llegaron a casa, se dirigieron como siempre al cuarto donde desde hacía meses guardaba cama la madre de Amy y más bien sin querer dejaron transluir el entusiasmo que sentían por el joven.

—Hemos pasado una noche agradabilísima, mamá— exclamó Amy besando a su madre con todo cariño—, y el señor Wingate nos ha invitado al té de mañana.

La abuela contó lo sucedido con toda clase de pormenores. Estaba encantada. No cabía en sí de gozo y satisfacción.

Mientras la hablaban, la madre de Amy escuchó atentamente, y después de pensarlo mucho, dijo:

—Creo que Amy no debería ver mucho a ese Wingate. ¡Es francamente inmoral!

A lo que contestó la abuela con gran sentido práctico:

—¡Querida Cecilia; nosotros, los Cardigan, tenemos toda la moral que precisamos...! ¡Un poco de dinero no vendría mal!

XI

Desde aquel día Roger tuvo que sortear muchas dificultades con Dolly, hasta el punto de trasladar su residencia al Casino, que era donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Una mañana Dolly se llevó la gran sorpresa al leer en un periódico el siguiente suelto:

"Una reciente adición a las filas de las célebres personalidades de esta ciudad es Roger Wingate, el millonario petrolero. Durante algún tiempo, Wingate se contentó con su éxito en los negocios; pero últimamente ha estado asaltando las barreras sociales con donaciones caritativas, de las cuales la más aparatosa fué el cheque de 10.000 dólares donado en el Almuerzo de Caridad."

Cuando fué a verla Roger, no pudo menos de decirsele y de leerle el suelto del periódico. A Roger no le hizo ninguna gracia la actitud de Dolly y mucho menos su comentario a la noticia.

—No está mal para el antiguo petrimetre del Social Club. ¡Cómo han cambiado los tiempos, Roger!

Enfadado, el joven se atrevió a replicar:

—¡Bien dices que han cambiado, pero yo añado que es el principio!

Generalmente, desde entonces solían tomar café juntos, pero nada más.

XII

Pasaron días, meses... Roger hacía una vida de independencia absoluta y rara vez visitaba a Dolly. Esta tuvo noticias suyas una mañana, leyendo el periódico, y la pobre mujer, que tanto le quería, no daba crédito a sus ojos.

En efecto, he aquí la extraordinaria noticia que descubrió Dolly entre las notas de sociedad:

"A pesar de las negativas, hemos sabido de fuente autorizada que los esponsales entre la simpática Amy Cardigan y Roger Wingate, el rico petrolero, es un hecho seguro, del cual se dará aviso formal dentro de pocos días."

Inmediatamente mandó preparar su automóvil y se trasladó a la señorial residencia de los Cardigan.

—La señorita Amy no está, señora—la contestó con una reverencia el criado, que salió a abrir la puerta.

—Diga entonces a su abuela que una señora quiere verla—replicó desdefiosa e imperiosamente Dolly Wall.

El criado la dejó en el vestíbulo y fué a las habitaciones donde, escribiendo una carta, estaba la señora Cardigan.

—Una persona muy ordinaria pregunta por usted—dijo el criado al cual le habían hecho muy mal efecto

el llamativo sombrero y los modales poco finos de Dolly—. No ha querido dar su nombre.

Apenas había terminado de hablar, el criado, cuando apareció en la puerta Dolly, que le había seguido sin ruido hasta allí.



...le entregó un cheque de diez mil dólares...

La señora Cardigan no tuvo más remedio que recibirla.

—La he visto a usted en el teatro—dijo por encontrar tema de conversación—. Alguien me la señaló...

—Sí... soy la célebre señora Wall si es eso lo que

usted quiere insinuar... Y creo que sabe usted por qué he venido.

Así diciendo, tomó asiento, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

La abuela de Amy comprendió en seguida; pero sin afectar ignorancia supo guardar silencio.

Estaban sentadas junto a un amplio ventanal desde el que se veía el jardín. La tarde comenzaba a declinar y el sol iluminaba las altas copas de los árboles.

Dolly prosiguió:

—Roger Wingate, no era más que un haragán hace muy poco tiempo, y yo hice de él un hombre...

Y luego, después de breve pausa durante la cual una sonrisa desdeñosa floreció en sus labios, dijo mirando fijamente a la anciana:

—¡Ustedes le han adulado tanto que se cree un dandy; pero en lo íntimo de su corazón es mío!

Tan directo era esta vez el ataque que la señora Cardigan se creyó en el deber de intervenir, de romper el silencio que se había propuesto observar, y dijo:

—Usted no conoce el mundo, señora o no quiere darse cuenta de como es...

El pasado de un hombre pronto se olvida, pero el de una mujer nunca. Si considera las circunstancias fríaente, verá que usted le está arruinando.

Iba a dar Dolly una réplica de protesta a la anciana señora, cuando, por el amplio ventanal, vió venir a caballo por las avenidas del jardín a Amy Cardigan acompañada de Wingate.

El golpe fué muy rudo para ella; sin embargo, tuvo fuerzas para soportarlo.

Aprovechando aquellos momentos de debilidad, la abuela procuró inculcar en el ánimo de Dolly su se-

paración de Roger, lo que siempre había de favorecer la boda del millonario con su nieta.

—No puede seguirle ni tampoco quiere dejarle libre... ¿llama usted a eso amor?—concluyó la señora Cardigan.



...un empleado le avisó que la señora Wall le llamaba al teléfono

En vano esperó la respuesta de Dolly. No obstante, pudo apreciar con la natural satisfacción que se había operado un cambio en la joven... Poco a poco había ido perdiendo su actitud altanera y a veces parecía hasta resignada.

A tal tiempo entró a saludar a su abuela la propia Amy Cardigan que aún iba vestida de amazona. No

sabía que su abuela tuviese visita y entró con gran algazara, con la alegría de una niña mimada para la que el mundo no es más que florido vergel de azules ilusiones.

Aunque Amy no conocía a Dolly, guardó, sin embargo, un embarazoso silencio.

Dolly no tuvo valor para hacer daño a aquella pobre muchacha y mintió...

—Vine—dijo al fin con voz velada por la emoción— a darle un cheque... Algo para los niños que usted socorre.

Amy, afectuosamente, la acompañó a su habitación, donde tenía pluma y tintero, y en la mesita donde tantas veces leía la muchacha extendió el cheque Dolly.

XIII

Dolly volvió a casa con gran pesadumbre. Tomó el té que la sirvió su criado chino Chang y después llamó por teléfono al Casino preguntando por Roger.

Respuesta a esta pregunta fué la siguiente:

—El señor Wingate no está en el Club, señora Wall.

Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Roger estaba en el Club y jugando al "bridge". Por eso cuando le volvieron a pasar un comunicado que esta vez

decía: "La señora Wall teelfonea que si usted no está en su casa dentro de un cuarto de hora, ella vendrá aquí", se levantó, asombró a todos al guardar el dinero que tenía encima de la mesa en una cartera repleta de billetes y después de contestar a uno de sus amigos que le dijo era buena perspectiva para un salteador que siempre iba armado como en los campos petroleros, salió dejando tras sí un reguero de murmuraciones para todos los gustos."

—Es un tipo cruel — decía uno—. Ya empiezo a sentir lástima por esa Dolly Wall.

—Ahórrate esa lástima — replicaba otro—. La Wall es capaz de defenderse muy bien.

Mientras Roger Wingate se dirigía a la casa de Dolly, ésta había hecho unas misteriosas manipulaciones con un frasquito, el cual había llenado de un líquido y lo había escondido en el cestito de la costura. Cosiendo junto a este cestito fué como la encontró Roger. La besó con marcada frialdad y fué a sentarse bajo una lámpara de pie debajo de la cual desplegó un periódico y encendió un cigarrillo.

Momentos después Dolly rompió el silencio para decir:

—Bueno Roger, he sabido que te vas a casar...

Y al gesto de asombro de él respondió, añadiendo:

—Lo leí en el periódico.

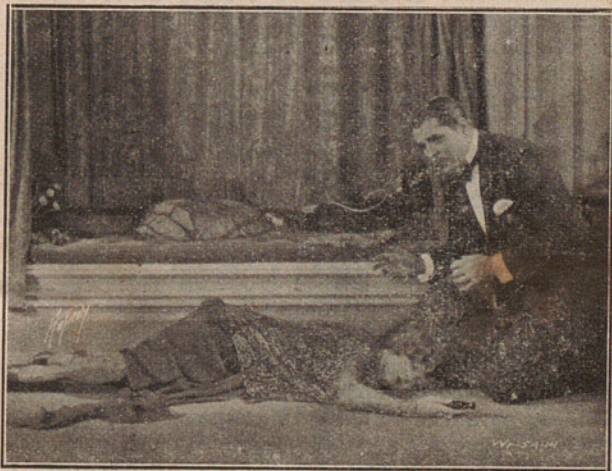
—¿Bueno, y qué? — objetó Roger incomodado — ¿A ti que te importa?

—¡Me importa mucho, Roger! — afirmó con energía Dolly — ¡Es la diferencia entre el infierno y el cielo!

Calló un momento, esperando, sin duda, alguna frase amable de Roger, más viendo que él guardaba si-

lencio, se levantó; fué a su lado y cubriéndole de apasionadas caricias, le dijo mimosa:

—¡Tú y yo nos pertenecemos, Roger...! Amy Cardigan es una muchacha dulce y buena; pero no podría



...junto al cuerpo caído de Dolly...

hacerte feliz... Fuí a verla hoy... para hablarla de nosotros; pero no lo hice...

Roger se levantó de su asiento como impulsado por un resorte, y distanciándose de Dolly como si quisiera librarse de su contacto, exclamó a grandes voces:

—¡Me casaré con Amy Cardigan! ¿lo entiendes?

¡Y no hay nadie en el mundo que pueda impedírmelo!

—¿Conque te casarás, eh? — replicó Dolly, echa una furia — ¡Bien, yo te lo impediré, y te lo impediré bien pronto!

Abalanzándose al cestito de costura buscó febrilmente y armó su mano del frasco que parecía contener vitriolo y blandiéndolo como suprema amenaza, le intimó:

—Ahora mismo vas a llamar por teléfono a esa cara de ángel y a decirle que todo ha terminado entre vosotros porque tienes otro compromiso.

Roger descolgó el auricular del teléfono, pero no se decidía a hablar.

Dolly siguió, amenazante:

—¡Si no lo haces, te voy a poner esa hermosa cara tuya, que no habrá mujer alguna que te mire otra vez!

Soberbia de gesto y de ademán, Dolly, amenazándolo siempre con lanzarle al rostro el contenido del frasco le fué acorralando para que telefonease, y él, viéndose perdido, temiendo el ataque, sacó rápido el revolver y disparó al frasco; pero con tal mala fortuna que dió a Dolly, la cual cayó desplomada a tierra.

Al ruido de la detonación acudió el fiel Chang, quien encontró a su amo junto al cuerpo caído de Dolly, pretendiendo inútilmente reanimarla con palabras de afecto y cariño.

Al verle, exclamó Roger:

—¡Llame a un médico, Chang! ¡Pronto!

Luego telefoneó al abogado Guimes, diciéndole:

—...disparé al frasco; pero di a Dolly. Temo que haya muerto.

—Es fácil, señor Wingate, libentar a una mujer por

haber matado a un hombre, pero para el hombre que mate a una mujer, no hay esperanza. Ahora fíjese bien; pues lo que le voy a decir es muy importante: lo único que le puede salvar es que la señora Wall le haya lanzado vitriolo a la cara. ¡Un rostro con cicatrices influye grandemente en el jurado! Conserve su sangre fría... Iré inmediatamente con el procurador general.

Roger, cumpliendo las indicaciones de Guimes arrebató el frasco de la mano de Dolly y frente al espejo, tapándose los ojos con la mano se arrojó al rostro el contenido, que resultó ser ¡agua! Bien claro estaba que Dolly no había pretendido hacerle ningún daño y sí sólo asustarle.

Después, los acontecimientos se precipitaron. Dolly, levemente herida, al salir de su desmayo, le perdonó de todo corazón y fué necesario tal cúmulo de peripecias y calamidades para que los dos encontrasen al fin en el Santo lazo del matrimonio "La clave de la dicha".

FIN

301

LA EMOCION QUINCENAL

Publicación periódica de novelas emocionantes

Redacción y Administración: Bou de San Pedro, 9. —
Barcelona

LA EMOCION QUINCENAL

justificará su título; pues sus producciones registrarán una serie de novelas en las que el interés dramático, será el principal promotor de sus páginas sugestivas y atrayentes

LA EMOCION QUINCENAL

mantendrá suspenso el ánimo del lector, elevando su curiosidad a los límites de lo inverosímil.

Leer un volumen de

LA EMOCION QUINCENAL

Será leerlos todos

Nadie se sustraerá a esta sugestión inevitable

Y si a todo esto se añade su precio verdaderamente económico y popular, VEINTICINCO CENTIMOS VOLUMEN, se comprenderá el deseo de leer

LA EMOCION QUINCENAL